

El mundo no será el mismo tras la crisis. Al menos en eso, unos y otros, parecen estar de acuerdo, porque más allá de este enunciado general lo normal es asistir a profundas divergencias. Las controversias surgen al tratar de diagnosticar las causas profundas que la desencadenan. Hay quien ve en lo que está sucediendo una simple –aunque intensa– crisis crediticia cuyo foco está bien localizado (las hipotecas basura), y quien interpreta que nos encontramos ante una situación novedosa que va mucho más allá de lo financiero. En torno al alcance de las consecuencias, y las exigencias que plantean, surgen también importantes discrepancias que influyen –junto al diagnóstico sobre su naturaleza– en el tipo de alternativas que se proponen. Frente a quienes contemplan unos efectos circunscritos básicamente al mundo económico, otros han señalado que la crisis supondrá un giro geopolítico de dimensión histórica que alterará las posiciones y los equilibrios del poder mundial. Y tampoco faltan los que, al divisar una quiebra en el modelo de gobierno y economía hoy imperantes, aboguen por un replanteamiento profundo de las bases de un capitalismo incapaz de generar suficiente bienestar y cohesión social a nivel mundial. Aspectos estos últimos que, unidos a la crisis ecológica, energética y alimentaria, revelan la magnitud de los desafíos que debe enfrentar hoy la humanidad.

Volviendo al consenso básico acerca de la trascendencia de lo que está ocurriendo, resulta revelador que gente que hasta hace bien poco no parecía especialmente preocupada por la manera en que se desenvolvía el capitalismo, hoy, sin embargo, se pronuncien en un sentido parecido a como lo hacía recientemente el premio Nobel de Economía Paul Samuelson: “Esta debacle es para el capitalismo lo que la caída de la URSS fue para el comunismo”. La crisis, que empezó a ser percibida como una convulsión financiera, ha generado un proceso recesivo en el conjunto de la economía mundial, de manera que son cada vez más los

que se preguntan acerca de los fundamentos del funcionamiento del sistema capitalista. La profundidad y duración de la crisis han desmentido la imagen que en un primer momento se creó de que el problema residía en unas cuantas piezas de fruta podrida dentro del cesto.

Por tanto, y aunque es posible que aún tengamos la mirada puesta en la debacle de los mercados financieros, la convulsión que estamos experimentando denota mayor hondura, remitiéndonos a los modos de producir, consumir y vivir hoy predominantes en el planeta. Eso es algo que se viene comentando desde hace más de tres décadas. La novedad es que ahora está en boca de muchos más. Anthony Giddens, antes de que el árbol de la crisis financiera impidiera ver el bosque de las otras crisis, ha advertido sobre la necesidad de cambiar nuestro estilo de vida (el dominante en las llamadas sociedades desarrolladas), señalando que los debates sobre la manera de conseguirlo son ya la preocupación fundamental de la política actual. Samuelson, Giddens... no parece, pues, que nos encontremos ante el pronunciamiento de unos extremistas que, aprovechando que las aguas del Pisuerga pasan turbias por Valladolid, cargan las tintas en sus diagnósticos.

El Especial que ofrecemos en este número de la revista *Papeles* aborda la crisis con una doble intención: por un lado, pretende ir más allá de los aspectos financieros; pero, por otro, no quiere descuidar la explicación de aquellos factores y mecanismos que han contribuido desde el ámbito de la economía a generar la situación en la que nos encontramos.

Introduce la sección un artículo de Francisco Fernández Buey que aborda el sentido que cabe dar a la expresión “crisis de civilización”. Si la profundidad y, sobre todo, las dimensiones a las que afecta, son tantas e interrelacionadas, la utilización de la expresión está justificada en la medida en que es una crisis *total o global* que atañe a *todo* el sistema. Es una idea que recorre el Especial, y que Víctor Toledo retoma de manera explícita al reflexionar acerca de la misma como una “crisis metabólica” de la civilización industrial capitalista. Entre esos dos artículos, las aportaciones del resto de los autores que participan en esta sección se centran fundamentalmente en los factores y en las políticas que explican, en un plano eminentemente económico, su origen y desarrollo en los últimos años.

Ángel Martínez González-Tablas y Santiago Álvarez Cantalapiedra, desde una lectura estructural, señalan que la crisis económica no sólo es más profunda y amplia que otras anteriores, sino también distinta desde el punto de vista cualitativo. Aun cuando se dan algunos elementos que ya han estado presentes en otras crisis del capitalismo, para entender la situación actual es preciso ir más allá de lo que ocurre en el proceso de trabajo y en la producción, y entrar en el complejo mundo de las interrelaciones entre el funcionamiento de las finanzas, la globalización y el sesgo regulador provocado por los planteamientos neoliberales vigentes durante las últimas décadas.

Precisamente ese sesgo regulador troquelado por décadas de neoliberalismo es el objeto de análisis de la aportación de José A. Estévez Araujo. Dicho autor argumenta que para

percibir los cambios acaecidos no resulta suficiente la contraposición regulación/desregulación, pues esa dicotomía no capta la transformación que ha tenido lugar en la forma misma de regular. Porque no sólo se ha desregulado la actividad financiera, sino que también lo que resulta más relevante se ha empezado a regular de otra manera buscando sustraer al Estado la competencia de controlar y supervisar aquella actividad. Todo ello ha provocado, por un lado, la privatización en el poder de dictar normas y controlar su efectivo cumplimiento, poder que pasa de instancias públicas a sujetos privados; pero también ha generado un escenario ideal para la proliferación de la especulación a gran escala.

Ese hábitat propicio para la actividad especulativa no es la única manifestación de aquello que se viene denominando *financiarización*. Con ello se viene a señalar, entre otras cosas, que las finanzas abandonan sus tradicionales funciones dentro del sistema económico, haciendo posible –como se encarga de mostrar Óscar Carpintero– que la intervención en ese ámbito se convierta en un potente instrumento para el reajuste de la propiedad empresarial y el control del capital entre los grupos y países que concentran el poder económico.

El Especial se cierra con una contribución de Mariola Olcina y Carlos Corominas en la que se advierte del riesgo de que la crisis termine convertida en la excusa perfecta para eludir las transformaciones que se precisan en el tránsito hacia una sociedad sostenible. Pero el abordaje de la crisis no termina ahí; en otras secciones aparece también como trasfondo de aquello que los artículos analizan. La entrevista que Salvador López Arnal realiza a Gerardo Pisarello nos acerca a las consecuencias derivadas de la política de vivienda practicada en nuestro país. Dicha política –configurada a partir de la liberalización del suelo y la insistencia en la propiedad privada como principal régimen de tenencia de la vivienda– ha sido responsable de un impulso urbanizador sin tregua (con unos costes sociales y ambientales enormes) y de la conversión de la construcción en el motor de un crecimiento depredador que ha sido, además, responsable de una burbuja inmobiliaria que en España se sitúa en el centro de la crisis. En el apartado Ensayo, Ángel Valencia nos ofrece las aportaciones y debates que se vienen desarrollando desde la teoría política verde en relación con la construcción de una noción de ciudadanía que exprese las obligaciones cívicas que conlleva afrontar los retos que plantea la crisis ecológica.

La actual crisis ha desnudado también muchas de nuestras concepciones de fondo acerca de la inmigración. Javier de Lucas, en el artículo que presentamos en la sección Panorama, analiza las reformas en curso relativas al marco jurídico de la inmigración y sostiene que suponen una vuelta de tuerca más en el recorte de derechos, al tiempo que contribuyen a transmitir, a través de las concepciones que en ellas subyacen, un peligroso mensaje a la ciudadanía española: la idea de que en estas circunstancias los inmigrantes sobran. Eso suele generar, además, una “psicosis social” –como señala oportunamente Edoardo Bazzaco para el caso de la población gitana en Italia– que justifica, con el argumento de la “alarma social”, una nueva batería de medidas represivas y discriminatorias.

Cierra esta sección la evaluación que hace Nuria del Viso del grado de novedad que representa la estrategia del Gobierno de Obama para Afganistán. Si bien es cierto que procura distanciarse del entramado ideológico y de la retórica de su antecesor (guerra contra el terrorismo, eje del mal, combatiente enemigo), y que se han dado los primeros pasos para el cierre de Guantánamo y la eliminación de las cárceles secretas, la meta (garantizar el control de los EEUU sobre los países de la región) y la respuesta (el recurso básicamente de la fuerza militar), así como el equipo encargado de llevar adelante dicha estrategia, no parecen ser, en lo fundamental, muy diferentes de aquellos elementos que caracterizaban la estrategia del Gobierno de Bush.

En el Periscopio, los miembros del Colectivo loé hacen un ejercicio demostrativo de cómo el sistema de indicadores sociales por ellos ideado puede servir para caracterizar el ciclo expansivo que cierra ahora la crisis. Los datos del Barómetro Social de España –una base de datos que recoge 180 series de indicadores que cubren el período que transcurre desde 1994 a 2007, y cuya explotación dio lugar a un libro que, con el mismo título, ofrece claves de reflexión para reactivar el debate acerca de la cuestión social– han sido actualizados recientemente gracias al apoyo que ha brindado el CIP-Ecosocial, pretendiendo con ello facilitar herramientas cuantitativas a cuantos se quieran internar en el estudio de la situación socioeconómica por la que atraviesa nuestro país.

Santiago Álvarez Cantalapiedra
Director

Fe de erratas

En la p. 73 del nº 104 de *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, en el epígrafe donde dice “Migración generalizada: una explicación” debería decir: “Migración generizada: una explicación”. En la p. 30 la letra D debería iniciar el primer párrafo de la p. 31, correspondiente al cuadrante D.